

VARIACIÓN AUTORIZADA

ASIGNACIÓN EXPERIMENTAL

ID SUJETO

GRUPO

CONDICIÓN

DURACIÓN

OBSERVACIONES

HUGO ROGER PAZ

VARIACIÓN AUTORIZADA

Hugo Roger Paz

Copyright © 2026 Hugo Roger Paz

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin autorización previa del autor, salvo las excepciones previstas por la legislación aplicable

Esta es una obra de ficción. Los personajes, instituciones y acontecimientos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas o hechos reales es coincidencia.

Primera edición, 2026.

*“Toda predicción mejora cuando el mundo aprende a
parecerse a ella.”*

ÍNDICE

PARTE I · LA VISITA	11
1 Un día normal	13
2 El error productivo	23
3 Dos horas	32
4 La recomendación	42
5 Explicación denegada	50
6 El calendario	61
7 La visita	74
8 Los casos	87
Interludio 1 <i>Solicitud de explicación</i>	101
PARTE II · EL DESCENSO	103
9 La curva	105
10 Ximena	115
Interludio 2 <i>Nota clínica</i>	126
11 Los casos y la niña	128
Interludio 3 <i>Consulta pediátrica</i>	136
12 La nota	138
13 Credibilidad	145
Interludio 4 <i>Hilo de comentarios</i>	151
14 Ines	153
15 Emil	161
16 Extinción	168
17 Sobrerrepresentación	175
PARTE III · EL GRUPO DE CONTROL	181
18 La inversión	183
19 Retención	193
Interludio 5 <i>ESPECIFICACIÓN PARCIAL · PROTOCOLO DE RETENCIÓN</i>	200

20	Su expediente	202
21	Helene Kohl	208
22	Primera retención	217
23	Ruido biográfico	224
24	La pregunta	233
25	Emil sabe	242
26	Ines sabe	251
27	<i>Adelanto</i>	261
28	<i>El cumpleaños</i>	269
	Interludio 6 <i>CARTA DE UN SUJETO DE CONTROL</i>	278
	PARTE IV · LA AUDITORÍA	281
29	<i>La línea de base</i>	283
30	<i>Doscientos dieciocho millones</i>	293
	Interludio 7 <i>Extracto de auditoría actuarial</i>	302
31	<i>Una muerte</i>	304
32	<i>El saldo</i>	313
33	La advertencia que sí llega	323
34	Producido	333
35	La ficción funcional	343
36	<i>El 8,6 por ciento</i>	353
37	<i>Ximena se retira</i>	362
38	<i>El mecanismo</i>	372
	Interludio 8 <i>Acta histórica del Consorcio</i>	380
	PARTE V · LA PUBLICACIÓN	383
39	<i>Lo que tiene</i>	385
40	<i>La votación</i>	394
41	Kohl	404
42	Ines	414
43	Emil	425
44	Dos horas inútiles	432

45	La estimación	439
46	Publicar	449
47	Después	459
	Interludio 9 <i>Registro operativo posterior a divulgación</i>	466
	CODA La bifurcación	467

PARTE I

LA VISITA

CAPÍTULO 1

Un día normal

A las seis cuarenta y siete, el vidrio de la ventana aclaró tres grados.

Marten abrió los ojos unos segundos después.

No había alarma. Nunca la necesitaba. El sistema conocía desde hacía años la relación entre sus ciclos de sueño, la temperatura de la habitación y la cantidad de luz necesaria para despertarlo sin interrumpir una fase profunda. La diferencia podía ser de cinco minutos de un día a otro. A veces de veinte.

Aquella mañana fueron seis.

Permaneció acostado mientras la ciudad aparecía detrás del cristal.

Copenhague estaba gris.

No era un gris dramático. Era el gris habitual de febrero: edificios húmedos, cielo bajo, techos oscuros, una claridad sin dirección que parecía haber atravesado demasiadas capas de nube antes de llegar al suelo.

En el borde inferior del vidrio apareció una línea.

Temperatura exterior: 3,1 °C. Precipitación intermitente hasta las 09:20.

Debajo:

Salida recomendada: 07:38.

Marten cerró los ojos otra vez.

—Siete cuarenta.

No hubo respuesta verbal.

La hora cambió.

Era una de las cosas que agradecía de Ágora. No necesitaba conversar con ella para utilizarla.

Se levantó.

En el baño, mientras se afeitaba, inclinó ligeramente la cabeza hacia la izquierda para comprobar una zona de la mejilla que desaparecía demasiado pronto de su campo visual. Lo hacía sin pensarlo. Dieciocho años terminaban convirtiendo casi cualquier defecto en postura.

El espejo indicó presión arterial, frecuencia cardíaca y calidad del sueño. Todo dentro de rango.

Una pequeña marca apareció junto al ojo izquierdo.

Control oftalmológico: 19 días.

Marten la eliminó con un gesto.

En la cocina encontró café preparado y dos rebanadas de pan todavía calientes. La despensa había sustituido la leche la tarde anterior porque el envase abierto tenía una probabilidad elevada de agotarse antes del domingo.

No recordaba haber pedido la nueva.

Tampoco recordaba la última vez que había tenido que hacerlo.

Mientras desayunaba, leyó las noticias.

Nada especialmente importante.

Una negociación comercial entre el Consorcio del Báltico y tres administraciones asiáticas. Una reforma de responsabilidad algorítmica en Canadá. Una tormenta que había obligado a modificar durante seis horas las rutas aéreas del norte de Europa sin cancelar un solo vuelo.

En otra época aquello habría merecido un titular.

Ahora la noticia era que todo había funcionado.

Terminó el café a las siete treinta y cuatro.

Salida recomendada actualizada: 07:41.

La lluvia había cambiado.

Marten miró el reloj.

Podía salir a la hora prevista originalmente y caminar hasta la estación. Llegaría con seis minutos de margen.

O podía esperar tres minutos.

Esperó.

A las siete cuarenta y uno, cuando bajó a la calle, ya no llovía.

* * *

El tren cruzó el Øresund con ciento doce personas a bordo.

Marten conocía esa cifra porque apareció durante un instante sobre la puerta cuando una pasajera preguntó si el siguiente vagón tendría menos ocupación.

El sistema recomendó que permaneciera donde estaba.

La mujer permaneció.

Nadie pareció considerar que hubiese tomado una decisión.

Marten tampoco.

Se sentó junto a una ventana.

Un adolescente dormía frente a él con la cabeza apoyada contra el cristal. Una mujer corregía algo sobre una pantalla flexible. Dos hombres hablaban en sueco. Nadie levantaba la voz.

El tren redujo velocidad apenas unos segundos antes de entrar al túnel.

Marten vio aparecer una notificación:

Incidencia técnica menor en vía 2. Retraso esperado en su itinerario: 2 min 14 s. No requiere modificación.

La cerró.

Dos minutos después, el tren recuperó velocidad.

Llegó al campus con un minuto y cuarenta segundos de retraso.

Nunca supo qué había ocurrido en la vía 2.

Ésa era otra de las cosas buenas del mundo.

No era necesario saberlo todo para que las cosas funcionaran.

* * *

La Universidad ocupaba parte de lo que un siglo antes había sido un complejo administrativo.

No se había conservado por nostalgia. Simplemente había resultado más barato adaptar algunas estructuras que reemplazarlas.

Marten enseñaba allí desde hacía veintisiete años.

Su departamento había cambiado de nombre cuatro veces.

El último era Departamento de Historia de Sistemas Humanos y Decisión.

Le parecía un nombre demasiado grande para las doce personas que todavía trabajaban allí.

Atravesó el vestíbulo.

Una mujer que no conocía levantó una mano.

—Profesor Rask.

Marten respondió al saludo y siguió caminando.

No recordaba su nombre.

Antes de llegar al ascensor, una discreta etiqueta apareció en sus lentes:

Annika Sørensen. Administración de programas. Encuentro previo: 18 de noviembre.

Marten se detuvo.

—Annika.

La mujer se volvió.

—¿Sí?

—Gracias por lo de los horarios de enero.

Ella sonrió.

—No fui yo.

Marten quedó un segundo en silencio.

—Entonces gracias por no haberlo impedido.

Annika se rio.

—Eso sí puede haber sido mío.

El ascensor llegó.

Marten entró.

Mientras subía comprendió que Ágora acababa de evitarle una pequeña descortesía.

No le molestó.

¿Por qué habría de hacerlo?

* * *

Su primera reunión duró diecinueve minutos menos de lo previsto.

No porque alguien la interrumpiera.

Simplemente no había nada más que discutir.

El sistema había preparado tres escenarios de distribución docente, eliminado dos incompatibilidades horarias y detectado que una propuesta aparentemente mejor aumentaría la cantidad de desplazamientos de estudiantes entre edificios.

La comisión eligió la segunda alternativa.

Nadie pidió una votación.

La diferencia entre la primera y la segunda era suficientemente clara.

A las diez veintiséis, Marten tenía diecinueve minutos inesperadamente libres.

Ágora propuso utilizarlos para adelantar la revisión de dos trabajos.

Aceptó.

Uno pertenecía a un estudiante que investigaba las decisiones logísticas durante la crisis energética de 2061.

El texto era bueno.

Demasiado bueno, pensó Marten.
No porque sospechara fraude. Eso era fácil de verificar.
Era otra cosa.
Todos los argumentos estaban donde debían estar.
Toda afirmación tenía respaldo.
Las transiciones eran correctas.
Las objeciones previsibles habían sido incorporadas.
No había una sola frase inútil.
Marten leyó nuevamente el tercer párrafo.
Algo le desagradaba.
No pudo determinar qué.
Revisar argumento central.

El sistema preguntó:
¿Desea especificar criterio?

—No.
La anotación quedó guardada.
Marten sonrió.
Todavía había cosas que podía hacer sin saber por qué.

* * *

A las doce treinta y nueve recibió una recomendación alimentaria.
El plato con pescado tenía una utilidad esperada ligeramente mayor que el de pasta debido a la cena prevista para esa noche.
Elegió pescado.
No miró la diferencia.
En la mesa de al lado, dos profesores discutían una asignación.
—El modelo le da setenta y ocho por ciento para Hamburgo.
—Lo sé.
—Entonces mandalo.
—No quiere ir.
—¿Y?
—Nada. Eso.
Marten no escuchó cómo terminó.
Un mensaje de Ines apareció mientras dejaba los cubiertos.
¿Tenés un minuto?

Respondió:

Sí.

La llamada llegó inmediatamente.

Ines apareció caminando por algún corredor blanco. Llevaba el cabello recogido y la credencial clínica colgando de una cinta azul.

—¿Te agarro comiendo?

—Terminando.

—Lía quiere saber si vas a venir esta semana.

—Claro.

—Eso no es un día.

—Jueves.

Ines miró hacia un lado.

Probablemente acababa de recibir una indicación.

—El jueves tiene danza.

—Viernes.

—Puede ser.

Marten esperó.

—¿Eso era todo?

—Sí.

—Podías haberme escrito.

—Te escribí.

Marten sonrió.

—Es verdad.

Ines lo miró un instante.

—Está preguntando mucho por vos.

—Eso suena grave.

—Tiene siete años. Todo es grave durante aproximadamente cuatro minutos.

—Entonces iré el viernes durante cuatro minutos.

—Quedate un poco más.

—Veremos.

—Papá.

—Me quedaré.

Ines asintió.

La imagen desapareció.

Marten permaneció mirando la mesa vacía durante unos segundos.

Después su calendario mostró una propuesta.

Viernes, 17:40-20:10. Compatibilidad familiar alta.

Aceptó.

No se le ocurrió preguntar qué significaba exactamente compatibilidad familiar.

* * *

Por la tarde trabajó en el archivo.

Era la parte de su profesión que menos había cambiado.

Los soportes eran distintos. La indexación era incomparablemente mejor. Podía reconstruir en minutos una cadena documental que dos generaciones atrás habría requerido semanas.

Pero los documentos seguían teniendo el mismo defecto fundamental: habían sido escritos por personas que no sabían qué iba a ocurrir después.

Eso era lo que le gustaba.

Abrió una serie de actas municipales de 2048.

Estaba preparando la clase del día siguiente.

El caso era trivial en comparación con los grandes errores políticos que solían interesar a sus estudiantes: una ciudad había cambiado durante una emergencia la ubicación prevista para un centro de distribución de agua.

La decisión había sido técnicamente incorrecta.

El lugar elegido aumentaba las distancias medias y utilizaba una infraestructura peor.

Sin embargo, una serie de consecuencias imprevistas había terminado convirtiendo aquel error en el origen de una red descentralizada que funcionó mejor durante la siguiente crisis.

Durante años el episodio había sido utilizado como ejemplo de planificación adaptativa.

Marten lo consideraba un ejemplo de otra cosa.

Un error.

Nada más.

Lo interesante era que había sido fértil.

El sistema académico le ofreció automáticamente tres reconstrucciones recientes del caso.

Las rechazó.

Quería trabajar con las actas originales.

Tardó más.

Encontró inconsistencias.

Fechas repetidas.

Una firma colocada en la página equivocada.

Una estimación de consumo cuya unidad había sido corregida a mano.

Aquello le produjo una satisfacción difícil de explicar.

El pasado estaba lleno de personas haciendo cosas sin saber exactamente qué estaban haciendo.

A las dieciséis dieciocho, Ágora recomendó terminar la sesión.

Probabilidad de disminución significativa de calidad de revisión durante los próximos 42 minutos: elevada.

Marten siguió trabajando.

Diecisiete minutos después leyó tres veces la misma página sin comprenderla.

Cerró el archivo.

—Bien.

El sistema no respondió.

* * *

Regresó a casa con lluvia.

Esta vez no esperó a que terminara.

Caminó desde la estación bajo una cubierta transparente que había comprado muchos años atrás y que se desplegaba sobre los hombros como un techo pequeño y ridículo.

La gente había dejado de usarlas porque los modelos de precipitación hacían innecesario cargar protección durante la mayor parte del día.

Marten la conservaba.

No por principio.

Le gustaba.

En la esquina de Strandgade, una bicicleta salió demasiado rápido desde una calle lateral.

Marten no la vio hasta que estuvo cerca.

Un pulso seco en su muñeca lo detuvo.

La bicicleta pasó a menos de un metro.

El ciclista levantó una mano en señal de disculpa.

Marten continuó caminando.

No hubo sobresalto después del sobresalto.

El sistema había actuado.

Él se había detenido.

La bicicleta había pasado.

Fin del problema.

Apenas quince segundos más tarde ya estaba pensando otra vez en las actas de 2048.

* * *

Cenó solo.

La pasta que no había elegido al mediodía apareció ahora como recomendación principal.

Marten la preparó.

A las veinte treinta y uno recibió un resumen del día siguiente.

Clase a las nueve.

Dos tutorías.

Una reunión departamental.

Control de documentación pendiente.

Una llamada probable de Ines, aunque el sistema no la incorporaba como compromiso.

Debajo figuraban las preguntas enviadas por los estudiantes para la clase.

Había diecisiete.

Ágora las había agrupado en cuatro temas.

Marten abrió el primero.

Errores como fuente de aprendizaje institucional.

El segundo.

Sesgo retrospectivo en decisiones históricas.

El tercero.

Comparabilidad entre decisiones humanas y optimización contemporánea.

Nada nuevo.

Iba a cerrar el panel cuando vio una línea fuera de los cuatro grupos.

1 intervención no clasificada.

La abrió.

No había contenido.

Sólo una nota del sistema docente:

El estudiante ha solicitado formular la pregunta oralmente sin asistencia previa de preparación.

Marten frunció el ceño.
No era una infracción.
Ni siquiera era extraordinario.
Los estudiantes podían hacerlo.
Simplemente casi nunca lo hacían.
Debajo aparecía:

¿Desea solicitar anticipación del contenido?

Dos opciones.

Sí. No.

Marten apoyó el dedo sobre la segunda.
Durante un instante permaneció allí.
Después pulsó.
La pantalla se cerró.
Marten fue a acostarse sin saber qué le preguntarían a la mañana siguiente.

El error productivo

El estudiante estaba sentado en la última fila.

Marten lo reconoció antes de que levantara la mano.

No por el nombre. Por la ausencia.

La noche anterior había visto diecisiete preguntas agrupadas por Ágora y una intervención sin contenido, reservada para ser formulada en voz alta. Al entrar al aula había pensado que quizá nadie la haría. Los estudiantes cambiaban de idea. A veces una pregunta parecía importante a las diez de la noche y vergonzosa a las nueve de la mañana.

Pero el muchacho había llegado temprano.

Tenía una libreta de papel abierta sobre las rodillas.

Eso también era raro.

Marten dejó los apuntes sobre la mesa.

—Buenos días.

Las pantallas de las paredes reconocieron el inicio de la clase y apagaron las capas de información que no pertenecían al curso. Quedó sólo el título de la sesión:

ERROR, CONTINGENCIA Y RESULTADOS NO PREVISTOS

Debajo aparecieron tres objetivos de aprendizaje y una estimación de duración para cada bloque.

Marten los miró.

—Eso es lo que supuestamente vamos a hacer.

Algunos estudiantes sonrieron.

—Lo que realmente vamos a hacer depende de cuánto tarden ustedes en aburrirse.

La estimación de duración desapareció.

No porque Ágora hubiese entendido el chiste. Marten había configurado hacía años que cualquier modificación verbal de la agenda ocultara el cronograma.

Era una pequeña comodidad.

O una superstición.

Abrió la primera acta de 2048.

* * *

La ciudad se llamaba Odense.

No era importante.

Marten lo dijo al comienzo para evitar que los estudiantes perdieran tiempo buscando equivalencias actuales.

—No quiero que memoricen el lugar. Quiero que miren la secuencia.

En la pared apareció un mapa antiguo de distribución de agua durante una emergencia de abastecimiento. El documento original estaba mal escaneado, tenía anotaciones a mano y una mancha en el borde superior izquierdo.

Ágora ofreció limpiarlo.

Marten rechazó la corrección.

—Déjenlo así.

Una estudiante de la primera fila inclinó la cabeza.

—No se ve bien la cota del depósito.

—Exacto.

—¿Entonces cómo sabemos si la decisión era mala?

—Porque tenemos los cálculos posteriores.

Marten amplió una tabla.

—El centro de distribución previsto estaba aquí. Mejor acceso, mejor presión, menor distancia promedio y una red secundaria ya disponible. Éste era el sitio racional.

Marcó un punto.

Después señaló otro, casi tres kilómetros al oeste.

—Y éste fue el que eligieron.

—¿Por qué?

—Porque se equivocaron.

Hubo una pausa breve.

Un par de estudiantes rieron.

Marten no.

—No es una simplificación. El responsable de logística interpretó mal una restricción temporal, asumió que una vía iba a quedar cerrada seis horas más de lo previsto y descartó el sitio óptimo. La información correcta estaba disponible. El error fue humano, identificable y evitable.

La pared mostró automáticamente una reconstrucción contrafactual.

Escenario de referencia: centro A. Menor coste de distribución esperado. Menor tiempo de espera. Menor consumo energético.

—Eso —dijo Marten— es lo que habrían debido hacer.

Un estudiante preguntó:

—¿Y qué hicieron?

Marten cambió de documento.

—Lo incorrecto.

Mostró fotografías de camiones detenidos junto a un edificio industrial abandonado.

—Instalaron el centro B. Las primeras nueve horas fueron peores en casi todos los indicadores.

—Entonces no entiendo por qué estamos viendo esto.

—Porque la emergencia duró más de lo esperado.

Avanzó un día.

Luego otro.

Una tubería secundaria falló en el sector oriental. El centro A, de haberse utilizado, habría dependido de ella. El centro B no.

La red improvisada alrededor de B empezó a extenderse.

Pequeños depósitos temporales se conectaron con rutas que nadie había previsto. Dos asociaciones vecinales incorporaron vehículos propios. Una cooperativa industrial cedió una estación de bombeo que no aparecía en el inventario municipal. Una solución peor, tomada por una razón equivocada, produjo una estructura que no figuraba entre las alternativas iniciales.

Marten dejó avanzar la secuencia sin hablar.

Los puntos del mapa se multiplicaron.

En la tercera semana, la distribución era más lenta que el plan original, pero más resistente a fallos locales.

Seis años después, cuando otra crisis afectó la región, parte de aquella red improvisada seguía en funcionamiento.

—¿Entonces el error fue bueno? —preguntó alguien.

—No.

—Pero terminó mejor.

—Tampoco sabemos eso.

—Acaba de mostrarlo.

Marten apoyó una mano en la mesa.

—Mostré que algunas consecuencias posteriores fueron valiosas. No es lo mismo.

La estudiante de la primera fila levantó la mano.

—Si hubieran elegido A, ¿qué habría pasado en la segunda crisis?

—No lo sabemos.

—Pero podemos simularlo.

—Podemos estimarlo.

—Con bastante precisión.

—Posiblemente.

—Entonces sí lo sabemos.

Marten negó con la cabeza.

—No. Sabemos qué produce un modelo construido con información que incluye el mundo en el que B ocurrió.

La estudiante frunció el ceño.

—Eso no invalida el modelo.

—No dije que lo invalidara.

—Entonces...

—Dije que no convierte en observado lo que no ocurrió.

Nadie respondió.

Marten dejó la frase donde estaba.

No era una discusión nueva. Tampoco pretendía ganarla.

* * *

Durante los veinte minutos siguientes trabajaron sobre otros casos.

Un error de traducción normativa que retrasó una obra pública y permitió detectar una falla geológica. Una mala asignación de recursos que obligó a dos hospitales a compartir un sistema y terminó produciendo un protocolo más eficiente. Una decisión empresarial equivocada que abrió un mercado que ninguna proyección había considerado.

Marten insistió en lo mismo cada vez.

El error no era virtuoso.

La incompetencia no era creatividad.

El sufrimiento producido por una mala decisión no quedaba justificado porque alguien aprendiera algo después.

Pero la historia estaba llena de resultados que nadie había podido proponer como objetivos porque sólo se volvieron pensables después de existir.

Uno de los estudiantes levantó la mano.

—Eso es sesgo retrospectivo.

—Puede serlo.

—Entonces estamos contando historias sobre accidentes.

—También.

—¿Y cuál es la diferencia entre eso y romantizar el error?

Marten sonrió.

—Que romantizarlo sería recomendarlo.

Hubo algunas risas.

—Yo no les recomiendo equivocarse. Les recomiendo que, cuando estudien una decisión, no confundan «era la mejor opción conocida» con «era la única trayectoria capaz de producir algo valioso».

La pared sugirió una formulación alternativa más precisa.

Marten no la leyó.

El muchacho de la última fila seguía sin levantar la mano.

Marten había empezado a preguntarse si la intervención sin contenido pertenecía a otra persona.

* * *

A mitad de la clase, Ágora interrumpió por una razón banal.

La calidad del aire exterior ha mejorado. Se recomienda ventilación natural durante 6 minutos.

Dos paneles superiores se abrieron con un zumbido casi imperceptible.

Entró aire frío.

Nadie dejó de tomar notas.

Marten tampoco interrumpió la explicación.

—En 2048 —continuó— nadie podía calcular todas las bifurcaciones relevantes. No porque fueran menos inteligentes. Porque no tenían los datos, los modelos ni la capacidad de cómputo.

Un estudiante preguntó:

—¿Y ahora sí?

—Ahora tenemos más de las tres cosas.

—No pregunté eso.

Marten lo miró.

—No. Ahora tampoco.

—Pero muchas más.

—Sí.

—Entonces la comparación histórica está sesgada.

—Claro.

—Estamos juzgando decisiones antiguas con un problema que ya no tenemos.

—Tenemos menos.

—Muchísimo menos.

—Sí.

El estudiante pareció satisfecho.

Marten siguió hablando.

Sin embargo, durante los siguientes minutos oyó su propia respuesta como si hubiese sido pronunciada por otra persona.

Tenemos menos.

Era correcta.

También era cómoda.

* * *

Al final de la clase quedaban ocho minutos.

Marten cerró el último documento.

—Preguntas.

Las manos que se levantaron coincidían casi exactamente con las categorías que Ágora había mostrado la noche anterior.

Una sobre sesgo retrospectivo.

Otra sobre comparabilidad.

Una tercera sobre si el caso de Odense podía reproducirse experimentalmente.

Marten respondió sin dificultad.

Quedaban tres minutos.

—Una más.

El muchacho de la última fila levantó la mano.

Marten lo reconoció.

Ahí estaba.

—Decime.

El estudiante miró la libreta, pero no leyó.

—No preparé la pregunta con el asistente.

—Ya lo sé.

Algunos compañeros se volvieron.
 El muchacho pareció arrepentirse de haberlo dicho.
 —No porque tenga nada en contra. Quería ver si podía formularla bien solo.
 —Formulala mal —dijo Marten.
 Una risa breve recorrió el aula.
 El estudiante respiró.
 —Usted dice que no hay que romantizar el error.
 —Sí.
 —Y que si podemos evitar una mala decisión, debemos evitarla.
 —En general, sí.
 —Entonces, si Ágora evita cada vez más decisiones como la de Odense... Se detuvo.
 Marten esperó.
 —¿Para qué sirve estudiar estos casos?
 La pregunta era casi exactamente la que había previsto.
 Sintió una decepción pequeña.
 —Para entender cómo llegamos hasta aquí.
 El muchacho negó con la cabeza.
 —No. Eso lo entiendo.
 Miró otra vez la libreta.
 —Quiero decir... si el sistema hace bien su trabajo, cada vez habrá menos errores de ese tipo.
 —Ésa es la idea.
 —Y menos decisiones tomadas con información incompleta.
 —También.
 —Y menos consecuencias no previstas.
 Marten estuvo a punto de corregirlo.
 No lo hizo.
 El muchacho continuó:
 —Entonces su campo estudia algo que estamos intentando hacer desaparecer.
 Esta vez nadie se rio.
 Marten miró el reloj.
 Quedaba un minuto.
 —Mi campo estudia decisiones —dijo—. No errores.
 —Pero hoy vimos errores.
 —Porque son fáciles de ver.

—¿Y cuando casi no haya?
Marten apoyó ambas manos sobre la mesa.
—Entonces tendremos menos material.
El estudiante sonrió, pensando quizá que era una broma.
Marten no sonrió.
—Profesor, no preguntaba por su trabajo.
Silencio.
—¿Por qué preguntabas?
El muchacho cerró la libreta.
—Por lo que se pierde.
La señal de fin de clase apareció discretamente en la pared.
Nadie se levantó.
Marten miró al estudiante.
—¿Qué creés que se pierde?
—No sé.
—Entonces tenemos el mismo problema.
El muchacho esperó algo más.
Marten no tenía nada más.
—Nos vemos el martes.
Las sillas empezaron a moverse.

* * *

El aula tardó menos de un minuto en vaciarse.
El estudiante de la libreta se quedó hasta el final, guardando las cosas con una lentitud que podía ser deliberada.
Marten revisó el nombre en la lista.
Jonas Lehn.
No necesitó que Ágora se lo recordara.
Jonas se acercó.
—Perdón si la pregunta fue...
—¿Qué?
—No sé. Hostil.
—No lo fue.
—El asistente me sugirió tres versiones más claras.
—¿Y por qué no usaste ninguna?
Jonas miró hacia la puerta.
—Porque todas sabían lo que yo quería preguntar mejor que yo.
Marten levantó la vista.

El muchacho pareció avergonzado.

—Suenas estúpido.

—No.

—También me dio una respuesta probable a cada versión.

—Eso sí es útil.

—Sí.

—¿Y?

Jonas se encogió de hombros.

—Después de leerlas ya no sabía si la pregunta seguía siendo mía.

Marten no respondió.

El sistema del aula mostró una advertencia de reserva. Otra clase comenzaría en siete minutos.

Sala requerida a las 10:55. Tiempo recomendado de salida: 1 min.

Jonas miró la pared.

—Bueno.

—Jonas.

El muchacho se volvió.

—La próxima vez formulé la pregunta como quieras.

—¿Aunque esté mal?

—Especialmente si está mal.

Jonas sonrió y salió.

Marten recogió sus cosas.

En el corredor, el flujo de estudiantes se abrió automáticamente alrededor de un carro de mantenimiento. Dos puertas cambiaron de sentido para evitar una congestión. Un ascensor esperó doce segundos porque había detectado que cuatro personas se aproximaban desde una esquina.

Todo funcionaba.

Como debía.

Marten caminó hacia su despacho.

A las diecisiete tenía reservadas dos horas sin recomendaciones.

Por primera vez en mucho tiempo, pensó en ellas antes de que llegaran.

Dos horas

A las dieciséis cincuenta y ocho, Marten cerró la puerta de su despacho.

No era necesario.

La universidad había quedado casi vacía y nadie entraba sin avisar. Aun así, cerró con llave, dejó el abrigo sobre una silla y apoyó las lentes sobre el escritorio.

Sin ellas, la habitación se volvió ligeramente más antigua.

La pared siguió siendo pared. El ventanal dejó de mostrar el estado del transporte. La mesa ya no le recordó que tenía pendiente responder un mensaje. El reloj conservó la hora porque un reloj que no diera la hora habría sido una estupidez incluso en 2137.

Marten tomó el pequeño dispositivo de control que utilizaba para esos intervalos.

No era especial. Cualquier ciudadano podía suspender recomendaciones personales. Había restricciones para menores, para algunos tratamientos médicos y para determinadas actividades de riesgo, pero en términos generales el sistema consideraba la renuncia temporal una preferencia legítima.

Ágora no necesitaba ser obligatoria para ser utilizada.

La pantalla mostró la configuración habitual.

Suspensión de asistencia predictiva personal Duración solicitada: 2 h
Alertas críticas de seguridad: activas Servicios públicos y coordinación colectiva: activos

Debajo aparecía una pregunta.

¿Confirmar?

Marten tocó la pantalla.

Durante un segundo no ocurrió nada.
 Luego desaparecieron las recomendaciones.
 No hubo sonido.
 No hubo oscurecimiento.
 No hubo ninguna sensación física.
 Ésa era la parte que más le gustaba.
 El mundo seguía exactamente donde estaba.
 Sólo había dejado de sugerirle qué hacer con él.

* * *

Tenía un trámite pendiente.

Su credencial de acceso extendido al Archivo Metropolitano vencía a fin de mes. La renovación podía hacerse a distancia, pero cada cuatro años exigía validación presencial de identidad, permisos de consulta y responsabilidad sobre documentos restringidos.

La cita estaba reservada para las diecisiete cincuenta.

Normalmente Ágora habría elegido el momento de salida, el trayecto, el medio de transporte y hasta el punto exacto de ingreso al edificio según la congestión prevista.

Marten había decidido hacer todo eso sin ella.

No era un desafío importante.

Precisamente por eso lo hacía.

Tomó el abrigo.

En el corredor esperó el ascensor.

Las puertas no se abrieron.

Esperó unos segundos más.

Después recordó que, sin las lentes, no estaba viendo la indicación de mantenimiento del ascensor oeste.

Sonrió.

Bajó por las escaleras.

En la planta baja eligió la salida hacia el canal por costumbre.

Al cruzar la puerta, el aire frío le golpeó la cara.

Había dejado de llover, pero el pavimento seguía oscuro.

A la derecha tenía la estación.

A la izquierda, el camino peatonal hacia el embarcadero.

El metro era más rápido casi siempre.

El ferry era más agradable.

Marten miró ambos lados.

No tenía una distribución comparativa. No tenía un tiempo esperado.
No tenía una probabilidad de retraso.

Tenía un reloj.

Diecisiete siete.

Giró a la izquierda.

* * *

El ferry llegó cuando Marten estaba a cincuenta metros del embarcadero.

Vio cómo cerraban las puertas.

Aceleró por reflejo.

No sirvió de nada.

La embarcación se separó del muelle con una suavidad casi ofensiva.

Marten llegó a la plataforma y miró el panel público.

El siguiente servicio estaba previsto dieciséis minutos después.

El panel no estaba personalizado. La suspensión no afectaba información pública.

Podía regresar caminando hacia la estación.

Podía esperar.

Calculó mentalmente.

Diecisiete doce.

Dieciséis minutos de espera. Once de navegación. Diez caminando desde el otro muelle.

Treinta y siete.

Llegaría con un minuto de margen.

Quizá dos.

Marten se quedó.

No intentó estimar cuánto tardaría el embarque.

Eso habría sido hacer trampa consigo mismo.

Se sentó en un banco húmedo.

Una mujer a su lado llevaba las lentes activas. Miró hacia él dos veces, probablemente porque el sistema había reconocido que compartían destino o porque Marten estaba ocupando el extremo seco del banco.

No podía saberlo.

La mujer se levantó cinco minutos después y abandonó el embarcadero.

Marten miró el panel.

El próximo ferry seguía figurando a las diecisiete veintiocho.

A las diecisiete veintiséis apareció una línea amarilla.

Servicio demorado por regulación de tráfico portuario.

Información pública.
 No recomendación.
 Marten se quedó mirando la frase.
 La hora estimada cambió a diecisiete treinta y tres.
 Todavía podía llegar.
 Tal vez.
 Se puso de pie.
 La mujer de las lentes ya había desaparecido hacia la estación.
 Marten pensó en seguirla.
 No lo hizo.
 El ferry llegó a las diecisiete treinta y cinco.

* * *

A bordo no había asientos libres.
 Marten permaneció junto a la puerta.
 La ciudad se desplazó detrás del vidrio: fachadas de ladrillo, bloques nuevos, puentes bajos, bicicletas detenidas en los cruces y pequeñas embarcaciones de servicio siguiendo rutas que él no conocía.
 Durante el trayecto miró el reloj cuatro veces.
 Diecisiete cuarenta.
 Diecisiete cuarenta y tres.
 Diecisiete cuarenta y seis.
 En condiciones normales no lo habría hecho.
 En condiciones normales el tiempo no era una pregunta.
 Era una variable administrada.
 El ferry atracó a las diecisiete cuarenta y ocho.
 Marten bajó entre los primeros.
 Caminó rápido.
 El edificio del Archivo Metropolitano estaba a cuatro manzanas.
 Conocía la zona.
 O creía conocerla.
 En la segunda calle encontró una valla.
 OBRAS DE RED HÍDRICA.
 Una flecha indicaba desvío peatonal.
 Marten siguió la flecha.
 La siguiente estaba tapada por un contenedor.
 Doblando por intuición terminó frente a un canal secundario sin paso.
 Dijo una palabra en voz baja.

Volvió sobre sus pasos.
A las diecisiete cincuenta y uno vio por fin el edificio.
Corrió los últimos metros.
No mucho.
Cincuenta y ocho años imponían límites incluso a una protesta metodológica.

* * *

La puerta de validación seguía abierta.
Marten entró.
El vestíbulo estaba vacío.
Se acercó al terminal.
La pantalla reconoció su identidad por la credencial física.

Cita programada: 17:50 Tolerancia de ingreso: 3 min

Marten miró el reloj.
Diecisiete cincuenta y tres.
—Bien.
Pulsó confirmar.
La pantalla permaneció inmóvil medio segundo.

Ventana de ingreso cerrada.

Marten miró otra vez el reloj.
Diecisiete cincuenta y tres.
—No puede ser.
Una línea adicional apareció.

Hora de validación: 17:53:14

Catorce segundos.
Marten apoyó una mano en el borde del terminal.
Había una opción para solicitar revisión de asistencia.
La pulsó.
El sistema pidió autorización para reactivar temporalmente asesoramiento personal.

La recomendación contextual está suspendida hasta las 19:00. ¿Desea reactivarla para esta gestión?

Marten leyó la pregunta.
Podía hacerlo.

La suspensión era voluntaria.
 No había testigos.
 Nadie llevaba registro público de su pequeña disciplina privada.
 Podía reactivar Ágora treinta segundos, resolver el trámite y seguir con su vida.
 Pulsó no.
 Aparecieron tres alternativas administrativas sin jerarquía personalizada:
 A. Reprogramar validación presencial B. Solicitar revisión manual por demora de acceso C. Convertir renovación a modalidad documental y completar verificación presencial posterior

Marten leyó las opciones.
 La B parecía razonable.
 Había llegado catorce segundos tarde.
 Seleccionó B.
 El terminal abrió un formulario.
 Motivo de revisión.
 Marten escribió: Retraso de transporte público y desvío peatonal por obras.
 Adjuntar evidencia.
 No tenía ninguna.
 El sistema público podía verificar el ferry, por supuesto, pero Marten había suspendido la asistencia personal y no quería que la gestión reconstruyera su itinerario automáticamente.
 Marcó:
 Autorizar consulta de incidencias públicas: sí Autorizar reconstrucción de itinerario personal: no

Firmó.
 La pantalla mostró una última pregunta.
 ¿Iniciar revisión manual?

Marten pulsó.
 El formulario desapareció.
 Procedimiento iniciado.

Sintió una satisfacción ridícula.
 Había llegado tarde.
 Había resuelto el problema.

Sin recomendación.

* * *

La satisfacción duró cuarenta y seis segundos.

Un mensaje apareció en el terminal.

Revisión preliminar completada. La incidencia pública no acredita imposibilidad de llegada dentro de la ventana programada. Solicitud derivada a evaluación administrativa.

Marten siguió leyendo.

Durante la evaluación, la credencial queda en estado de renovación pendiente. Tiempo estimado de resolución: 2-4 días hábiles.

—No.

Buscó cancelar.

No había opción.

La evaluación manual había bloqueado automáticamente la reprogración hasta que alguien cerrara el expediente.

Marten tenía reservada para la mañana siguiente una consulta en el depósito restringido.

Necesitaba la credencial.

Se acercó al mostrador físico.

No había nadie.

El horario de atención terminaba a las dieciocho.

Eran las diecisiete cincuenta y siete.

Golpeó suavemente sobre la superficie.

Una puerta lateral se abrió.

Una mujer de unos sesenta años apareció con el abrigo puesto.

—¿Sí?

—Presenté una revisión manual.

La mujer cerró los ojos un instante.

—¿Por qué?

—Llegué catorce segundos tarde.

—Entonces tendría que haber reprogramado.

—Ya lo sé.

—¿Y presentó revisión?

—Sí.

—Entonces ahora no puede reprogramar.

—También lo sé.

La mujer miró el terminal.

—¿Tiene asistencia suspendida?

Marten tardó un segundo.

—Sí.

Ella asintió como quien comprende una lesión deportiva voluntaria.

—Bueno.

—¿Puede desbloquearlo?

—No desde aquí. Una vez iniciado, lo revisa administración central.

—¿Cuándo?

—Probablemente mañana.

—Tengo consulta reservada a las nueve.

—Entonces probablemente no.

Marten apoyó ambas manos sobre el mostrador.

La mujer pareció apiadarse.

—Puede pedir al archivo que le conserve la reserva.

—¿Eso funciona?

—A veces.

—¿Qué recomienda?

La pregunta salió antes de que pudiera detenerla.

La mujer sonrió.

—Yo cerraría el día, profesor.

Marten levantó la vista.

Ella señaló su credencial.

Lo había reconocido.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

La puerta lateral se cerró.

* * *

A las dieciocho doce, Marten estaba sentado en una cafetería.

Había pedido lo primero que vio escrito en una pizarra.

Era una infusión demasiado dulce.

La bebió igual.

Todavía faltaban cuarenta y ocho minutos para que terminara la suspensión.

Podía haberla cancelado.

No lo hizo.

Abrió la agenda en modo local.

La consulta del día siguiente aparecía marcada en rojo porque la credencial no era válida.

Tuvo que enviar un mensaje al archivo.

Escribió tres versiones.

Borró las tres.

Al final puso:

No podré acceder mañana por un problema con la renovación. ¿Podrían conservar la reserva hasta la próxima semana?

Lo leyó.

Le pareció suficiente.

Lo envió sin pedir mejora de estilo.

La respuesta llegó nueve minutos después.

Podían conservarla, pero el hueco disponible era el martes siguiente.

Marten aceptó.

Eso obligaba a mover una tutoría.

La tutoría sólo podía reubicarse el viernes.

El viernes iba a visitar a Ines y a Lía.

Marten cerró la agenda.

Por primera vez desde que había empezado aquellas dos horas semanales, sintió ganas de reactivar el sistema antes de tiempo.

No por necesidad.

Por fastidio.

Miró a la gente en la cafetería.

Una pareja discutía en voz baja frente a una pantalla. Un niño construía algo con piezas magnéticas. Un hombre mayor mantenía una conversación con alguien que Marten no veía.

Cada tanto aparecía en las lentes de alguien un destello mínimo.

Indicaciones.

Recordatorios.

Pequeñas correcciones.

Nada que se pareciera a obediencia.

A las dieciocho cincuenta y nueve, Marten guardó el dispositivo en el bolsillo.

Esperó el minuto completo.

* * *

A las diecinueve, la asistencia volvió.

No hubo bienvenida.

Las capas aparecieron sobre el mundo como si nunca se hubieran ido.

El trayecto más rápido a casa.

Una recomendación de mover la tutoría al lunes en lugar del viernes.

Un aviso sobre la reserva del archivo.

Y, arriba de todo, una síntesis de las últimas dos horas.

Incidencias relevantes durante suspensión voluntaria: 4

Marten abrió el detalle.

Primera:

17:08 — Ruta recomendada hacia Archivo Metropolitano: metro M2 + recorrido peatonal norte. Llegada estimada: 17:41.

Segunda:

17:26 — Demora portuaria detectada. Cambio de modo recomendado.

Tercera:

17:53 — Ventana de ingreso cerrada. Acción recomendada: reprogramar validación presencial.

Cuarta:

17:54 — Revisión manual asociada a mayor tiempo esperado de resolución que reprogramación.

Marten cerró el detalle.

Debajo, el sistema ofrecía un resumen de impacto.

Coste estimado de la suspensión en este intervalo: 1 h 46 min de tiempo adicional; 1 reprogramación; 1 conflicto de agenda.

Nada grave.

Nada irreversible.

Marten terminó la infusión.

En el exterior había empezado a llover otra vez.

Ágora recomendó esperar siete minutos antes de salir.

Marten miró por la ventana.

Después miró la recomendación.

Esta vez esperó.

La recomendación

La recomendación llegó a las siete doce, mientras Marten buscaba una taza limpia.

Había dormido mal.

No por el trámite del Archivo. A esa hora ya sabía que la renovación quedaría resuelta antes del mediodía y que la consulta perdida podía reprogramarse sin consecuencias. Tampoco por la clase. Había pensado varias veces en la pregunta de Jonas, pero no lo suficiente como para convertirla en insomnio.

Simplemente había dormido mal.

El vidrio de la cocina mostraba una mañana más clara que la anterior. La lluvia había cedido y sobre los tejados aparecía una franja de cielo casi blanca.

Marten encontró la taza detrás de una olla, la enjuagó y apoyó café bajo el dispensador.

Entonces apareció la línea.

Recomendación personal de prioridad alta

Marten la miró sin tocar nada.

El sistema no solía utilizar esa categoría para asuntos familiares. La prioridad alta estaba reservada para decisiones con consecuencias materiales significativas: salud, seguridad, compromisos contractuales, desplazamientos excepcionales.

Debajo apareció el contenido.

No visite mañana a Ines Rask.

Marten sostuvo la taza en el aire.

La cafetera terminó de servir.

Una gota cayó sobre la bandeja.
 Esperó a que apareciera algo más.
 No apareció.
 —¿Mañana?
 La interfaz reconoció la consulta.
 Sí.

Marten dejó la taza sobre la mesa.
 El viernes estaba todavía a un día de distancia. La visita figuraba en su calendario desde hacía cuarenta y ocho horas. Ines no había enviado ningún mensaje nuevo. Lía tenía danza el jueves y ninguna actividad extraordinaria el viernes.

Abrió la recomendación completa.

Acción recomendada: no realizar la visita programada. Horizonte de evaluación: 72 h. Consecuencias perjudiciales asociadas a realizar la visita: 87,4 %.

Marten leyó la cifra dos veces.
 Ochenta y siete coma cuatro.
 No era una advertencia de tráfico.
 No era una sugerencia alimentaria.
 Era demasiado alta.

* * *

En el tren intentó no pensar en ella.

No funcionó.

Cada pocos minutos la recomendación reaparecía en un borde discreto de sus lentes porque seguía pendiente.

No vibraba. No emitía sonido. No exigía respuesta.

Simplemente estaba allí.

Marten abrió el detalle de probabilidad.

La interfaz ofreció una distribución por categorías generales.

Daño relacional: elevado Daño emocional: elevado Daño material: bajo
 Riesgo físico: bajo

Eso empeoró las cosas.

Si hubiese aparecido riesgo físico alto, habría llamado a Ines de inmediato. Una fuga, una infección, un accidente previsto, cualquier cosa concreta habría transformado la recomendación en una advertencia comprensible.

Pero daño relacional y emocional podían significar casi cualquier cosa.

Una discusión.

Una noticia.

Una frase equivocada.

La posibilidad de que Lía estuviera presente complicaba todavía más el cuadro.

Marten pidió una comparación.

Alternativa recomendada: reprogramar visita dentro de 9 a 14 días.

—¿Y llamar?

Llamada breve: riesgo esperado moderado. Llamada prolongada:
riesgo esperado elevado.

Marten cerró la interfaz.

Frente a él, una mujer acomodó a un niño dormido sobre su hombro. El niño abrió los ojos, miró alrededor y volvió a cerrarlos.

Marten pensó en Lía.

La había visto la semana anterior.

No había ocurrido nada.

Eso tampoco significaba nada.

* * *

A las nueve tuvo una tutoría.

El estudiante habló durante doce minutos sobre un archivo de decisiones municipales. Marten escuchó los primeros cuatro.

Después empezó a asentir en los lugares correctos.

Ágora no intervino.

Cuando la tutoría terminó, la interfaz mostró una observación banal.

Dos compromisos consecutivos presentan solapamiento potencial de 6 min. Se recomienda trasladar la segunda reunión a sala 4B.

Marten aceptó.

La recomendación familiar seguía en espera.

Esa coexistencia le resultó irritante.

La misma infraestructura que acababa de evitarle seis minutos de retraso sostenía, sin cambio de tono, que visitar a su hija al día siguiente tenía una probabilidad de perjuicio superior a ocho de cada diez.

No había ninguna diferencia de voz.

No había dramatización.

No había una capa moral.

Sólo dos recomendaciones con distinto peso.

Durante la siguiente reunión respondió tres preguntas, aprobó un cambio menor de programa y corrigió una fecha.

Después abrió el historial de decisiones familiares.

No existía una categoría con ese nombre, pero podía filtrar recomendaciones relacionadas con Ines y Lía.

La mayoría eran triviales.

Cambiar horario de visita.

Evitar una llamada durante una guardia clínica.

Comprar un libro antes de que se agotara una edición que Lía quería para la escuela.

Posponer una conversación cuando Ines estaba bajo carga laboral alta.

Marten buscó probabilidades superiores al ochenta por ciento.

Cero resultados.

Amplió el rango a toda su historia personal.

Encontró nueve.

Una correspondía al procedimiento oftalmológico que había seguido después del desprendimiento de retina.

Otra, a una advertencia de viaje durante una tormenta severa.

Dos estaban relacionadas con asuntos financieros.

Las demás eran médicas o de seguridad.

Ninguna visita familiar.

Marten dejó de mirar la pantalla.

El sistema le preguntó si quería mantener abierto el filtro.

Lo cerró.

* * *

Llamó a Ines a las once cuarenta.

No porque Ágora se lo recomendara.

Tampoco porque se lo prohibiera.

La llamada breve seguía clasificada como riesgo moderado, una categoría que no le impedía nada.

Ines respondió después del tercer tono.

—Estoy entrando a una reunión.

—Te robo treinta segundos.

—Eso nunca es verdad.

—¿Está todo bien?

Hubo una pausa.

—Sí.

—¿Lía?

—También.

—¿Vos?

—Papá.

—Pregunto.

—Todo bien. ¿Pasó algo?

Marten miró el borde de la interfaz.

La recomendación seguía allí.

—No.

Ines esperó.

—Entonces nos vemos mañana.

Él no respondió de inmediato.

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

—Bien. Tengo que entrar.

—Andá.

La llamada terminó.

Marten revisó la evaluación posterior.

Duración: 41 s. Desviación respecto de alternativa recomendada: baja.

Eso fue todo.

No había ocurrido ninguna catástrofe emocional.

No esperaba que ocurriera.

El problema era justamente ése.

* * *

A la hora del almuerzo llevó la bandeja a una mesa junto a la ventana.

El sistema había sugerido una opción distinta a la del día anterior. Marten aceptó sin mirar la justificación.

Durante unos minutos observó el campus.

Había estudiantes cruzando una explanada, bicicletas entrando y saliendo del estacionamiento, pequeños vehículos de mantenimiento desplazándose entre edificios.

Todo parecía normal porque todo era normal.

La recomendación era lo único anormal en su día.

Marten abrió una consulta de sensibilidad.

No era una función pensada para usuarios comunes, pero su acceso universitario le permitía ver algunos metadatos del modelo.

—Si la visita dura una hora.

Consecuencias perjudiciales asociadas: 83,1 %.

—Treinta minutos.

81,6 %.

—Si no hablo de trabajo.

La restricción no reduce de manera significativa el riesgo estimado.

—Si no hablo de Ágora.

La restricción no reduce de manera significativa el riesgo estimado.

Marten dejó el tenedor.

—¿Lía está involucrada?

La respuesta tardó menos de un segundo.

La solicitud requiere una explicación causal no disponible en este nivel de acceso.

—No te pedí una explicación. Te pregunté si está involucrada.

La variable solicitada forma parte de la explicación causal.

Marten cerró la consulta con un gesto demasiado brusco.

Una estudiante de otra mesa lo miró.

Él volvió a comer.

* * *

Por la tarde intentó convencerse de que el número no significaba lo que parecía.

Ochenta y siete coma cuatro no era certeza.

Podía haber intervalos amplios.

Podía existir una distribución heterogénea de daños mínimos.

Quizá el modelo agrupaba como perjudicial una discusión desagradable, un malentendido o la pérdida de una noche de sueño.

El término perjudicial no implicaba tragedia.

Pidió severidad esperada.

Severidad media condicional: moderada.

Eso lo tranquilizó durante aproximadamente veinte segundos.

Después pensó en lo que significaba una severidad moderada con una probabilidad tan alta.

No una catástrofe.

Algo casi seguro de lamentar.

A las dieciséis recibió la confirmación de que su credencial del Archivo había sido renovada.

La recomendación de no visitar a Ines seguía pendiente.

Podía aceptarla.

Eso habría cerrado el asunto.

El sistema reprogramaría la visita, avisaría a Ines si él autorizaba el mensaje y reorganizaría los compromisos derivados.

Podía rechazarla.

Entonces desaparecería del panel principal y quedaría registrada como decisión contraria a recomendación.

Marten no hizo ninguna de las dos cosas.

La dejó abierta.

* * *

Al regresar a casa, compró pan en una tienda que no usaba habitualmente.

No había ninguna razón.

La vio abierta y entró.

Dentro olía a harina y a metal caliente.

Había cuatro tipos de pan oscuro sobre una repisa.

Marten tomó uno sin consultar el perfil nutricional.

La dependienta lo envolvió en papel.

—Buena elección.

Marten la miró.

—¿Sí?

—Es el que más me gusta.

—Eso no significa que sea bueno.

La mujer se encogió de hombros.

—No dije que lo fuera.

Marten pagó.

En la calle sonrió por primera vez desde la mañana.

Le duró poco.

Cuando llegó a casa, el vidrio de la cocina mostró de nuevo la recomendación pendiente.

No había cambiado.

No visite mañana a Ines Rask. Consecuencias perjudiciales asociadas:
87,4 %.

Marten dejó el pan sobre la mesa.

Podía llamar otra vez.

Podía pedirle a Ines que fuera ella quien cancelara.

Podía inventar una reunión.

Podía aceptar.

En lugar de eso, abrió el menú de explicación.

La opción estaba disponible.

Siempre lo estaba.

Marten la había usado cientos de veces para decisiones médicas, económicas o administrativas.

Tocó el campo.

Solicitar explicación de la recomendación

Confirmó.

La interfaz cambió.

Durante una fracción de segundo creyó que aparecería la descomposición habitual de variables, escenarios alternativos y factores de sensibilidad.

No apareció nada de eso.

Sólo una línea.

Solicitud registrada.

Y debajo:

Respuesta pendiente de evaluación de divulgabilidad.

Marten permaneció de pie frente al vidrio.

Nunca había visto esa frase.

CONTINUAR LA LECTURA

VARIACIÓN AUTORIZADA

La muestra termina cuando una recomendación aparentemente personal deja de ser sólo una incomodidad y se convierte en una pregunta que Ágora se niega a explicar.

COMPRAR EN AMAZON

VER LIBROS Y OTRAS TIENDAS

www.hugorogerpaz.com

Una muestra para decidir con criterio.
Si este comienzo te interesa, la novela completa sigue el hilo hasta sus consecuencias personales, clínicas e institucionales.

USTED NO RECIBIÓ LA RECOMENDACIÓN.

Ágora no gobierna. Recomienda. Qué estudiar, qué tratamiento aceptar, cuándo irse, a quién perdonar. Y sus recomendaciones funcionan: hay menos accidentes, menos errores y menos muertes evitables que en cualquier momento de la historia humana.

Marten Rask enseña historia de las decisiones humanas y tiene una costumbre privada: dos horas por semana sin asistencia, para comprobar que todavía puede elegir algo por su cuenta. Un jueves de febrero, el sistema le desaconseja visitar a su hija y se niega a explicar por qué.

Lo que Marten encuentra al tirar de ese hilo no es una conspiración. Es un problema de método. Para saber si sus recomendaciones sirven, Ágora necesita gente que no las reciba, y lleva sesenta y un años decidiendo, en silencio, quién.

Una novela sobre lo que le ocurre a una especie que deja de practicar la decisión, y sobre el precio de averiguarlo.

Hugo Roger Paz es ingeniero y profesor universitario en Tucumán, Argentina, donde enseña e investiga desde hace más de cuarenta años. También es autor de la novela *La Experiencia Perfecta*.

MÁS LIBROS
Y MUESTRAS

hugorogerpaz.com